



Sociedad, cultura y género

Dr. Xiomara **Ruiz Gamio** *

Toda actividad humana es un producto y a la vez un agente social, pues el hombre con sus actuaciones conforma el conjunto de las relaciones sociales de manera activa por lo que no resulta un elemento pasivo dentro de sus circunstancias históricas.

Si el concepto de sociedad incluye a toda la actividad humana, parece que con el concepto de cultura no debe suceder de igual forma. Si ambos tuviesen el mismo contenido desde el simple punto de vista lógico formal, serían solamente sinónimos y podrían ser utilizados indistintamente, pero este no es el caso.

La sociedad al abarcar a todo tipo de producto y relación humana posee un contenido mayor que el de cultura. En la sociedad están incluidas todo tipo de acciones humanas tanto las que favorecen al hombre, como aquellas que pueden atentar incluso contra su propia existencia. Por ejemplo hoy se habla hasta de un ecocidio generado por el propio hombre.

Esto quiere decir que en la sociedad coexisten las acciones de carga positiva con las de carga negativa, es decir, los valores con los antivalores o disvalores. Se puede admitir la existencia de fenómenos que podemos considerar como «excrecencias sociales», que en algunos casos son el producto de la herencia biológica subyacente en la especie humana, pero resulta difícil admitir la existencia propiamente de «excrecencias culturales», al menos si se parte de una definición de cultura que tenga presente la etimología de este concepto.

En el latín antiguo *culto* (*cultus*) era un adjetivo que indicaba «cultivado, cuidadoso, adornado (...), modo de vestir, cuidado del cuerpo, alimento del espíritu, práctica de la religión, ejercicio de la literatura», etc. (1)

Cuando los romanos empleaban el término *agricultura* lo hacían en el senti-

do de cuidar de la tierra para que su cultivo produjese una cosecha beneficiosa y de ningún modo dejar la tierra a su desarrollo espontáneo, natural.

De manera que cuando se acude a la apicultura, la piscicultura o la silvicultura se hace con el objetivo de multiplicar adecuadamente las abejas, los peces o los árboles y no dejarlos a su generación espontánea y desarrollo natural que puede incluso llevar a que desaparezcan aquellos que nos interesa cultivar, devorados por otras especies más fuertes y superiores.

Si el hombre en su evolución ha sido capaz de dominar a otras especies y condiciones geográficas adversas no ha sido simplemente por la evolución natural -aunque esta haya desempeñado un papel también esencial en determinados aspectos y momen-

tos,- sino por su evolución social y por el nivel cultural. La cultura le ha permitido dejar atrás y superar sus condiciones naturales, esto es, comportarse como un ser social y cultural y tal factor ha sido fundamental en sus relaciones sexuales. Estas se han desarrollado sobre la base de nuevas relaciones que cultivadas conscientemente diferencian sustancialmente el comportamiento de los animales y los seres humanos.

Por tal motivo podemos hablar adecuadamente de una cultura del comportamiento sexual en los seres humanos, pero no propiamente de una cultura sexual en los animales, a pesar de los juicios de los etólogos, que llegan a considerar que en el comportamiento de los animales también se puede hablar de sociedades animales, culturas animales y hasta religiones animales.

En verdad, el único ser que cultiva propiamente de manera consciente sus relaciones amorosas es el humano, aunque en los animales superiores observemos conductas impresionantemente parecidas a las de los humanos, pero en realidad son muy diferentes. Y esto los hace ser sustancialmente distintos del resto de los seres animados.

En tal sentido, en el único caso en el que podemos efectivamente considerar la existencia de una cultura sexual o una cultura de la sexualidad es en los humanos, incluso de una cultura de género.

Si se coincide en que no toda actividad humana es cultura, aunque si toda es social, es necesario delimitar cuales son los parámetros que definen que un comportamiento sea cultural y no simplemente social.

La cultura es la que expresa «el grado de dominación del hombre de las condiciones de su ser, de su existencia a modo histórico concreto, lo cual implica de igual modo el control sobre su conciencia» (2).

Esta no deja de ser una definición más de las miles que existen de cultura. Su especificidad consiste en que acentúa la correlación entre cultura y dominio o control del hombre sobre su entorno y sobre sí, factor este que indica a la vez sus grados de libertad.

Cuando Martí insistía en que ser culto era el único modo de ser libre, sintetizando el pensamiento de la ilustración, estaba precisando las claves para la comprensión del concepto de cultura. Un ser humano que se deje arrastrar por los factores naturales en su actuación, ni es culto, ni es libre y mucho menos si tal comportamiento se refiere a las relaciones sexuales. Si estas se determinan de manera instintiva y no consciente, si los apetitos naturales prevalecen sobre la acción culta de los individuos en la sociedad el resultado no es muy distinto al que se puede observar en el mundo animal.

Pero si la conducta sexual se cultiva en el sentido anteriormente expresado, es decir se adorna, se embellece, se perfecciona, se enriquece y se estimula a que produzca un mayor goce físico y espiritual, —que jamás podrá apreciarse entre los animales— no solamente hace al hombre más humano, sino a la vez más libre.

El ser humano no es un producto terminado de una vez y por todas. Es un ser que se humaniza constantemente y esa evolución es eminentemente social y cultural, aunque se aprecien también transformaciones anátomo-fisiológicas que distinguen a los actuales habitantes del planeta de aquellos existentes cientos de años atrás. Pero tales cambios resultan insignificantes cuando se comparan con las transformaciones sociales y los saltos culturales que se aprecian en la historia de la humanidad en los dos o tres últimos milenios. Y entre tales cambios ocupan un lugar significativo las relaciones de género.

Los cambios que se han producido en tales relaciones incluso en el transcurso de un siglo a nivel mundial —por supuesto que de manera diferenciada en unos países de otros— de manera integral son suficientemente significativos para que se llegue a hablar hasta de una «revolución sexual» y de emancipación del género femenino. Tales cambios, independientemente de su real magnitud, han sido un producto de las luchas sociales y del desarrollo de una determinada cultura. Ellos no han sido el producto de una generación espontánea.

La primera y fundamental referencia que se hace cuando una persona nace se basa únicamente en sus características biológicas observables: si tiene vulva es una niña y si tiene pene es un niño. Es por ello que el primer comentario que se hace en el momento del nacimiento es «es una niña» o «es un niño».

Comienza aquí a partir del sexo de asignación toda una serie de asociaciones que se reproducen cotidianamente durante la infancia, la adolescencia, la adultez y la vejez y que influyen en la vida de la persona de manera determinante. Decisiones tales como el nombre, la ropa, los juguetes, variarán según se trate de un sexo o de otro y que son el resultado de un proceso histórico estereotipado por la sociedad, encasillando conductas y atributos masculinos o femeninos.

Igualmente suelen establecerse diferencias con respecto al lugar que el niño o la niña ocuparán en el seno de la familia, atribuibles a su sexo de asignación, las relaciones afectivas que se establezcan enmarcando la pasividad y dulzura para la niña y lo brusco y activo para el varón. Incluso las propias expectativas que existirán sobre ellos a partir de lo que la sociedad le ha impuesto.

Este grupo de asociaciones determinarán en dependencia si se trata de un niño o de una niña, cuales actividades podrá realizar y

cuales no quedando de antemano prefijado el llamado mundo rosa y mundo azul.

La categoría género abarca el conjunto de características, de oportunidades y de expectativas que un grupo social asigna a las personas, y que estas asumen como propios, basándose en sus características biológicas en su sexo, es decir, las diferencias entre lo denominado como masculino o femenino no eran biológicamente determinados sino producidos culturalmente.

El género de una persona es esencialmente una construcción social -no natural-, que varía de un grupo social a otro y de una época a otra. Se construye mediante procesos sociales de comunicación y es transmitido a través de formas sutiles durante los procesos de crianza y educación.

El género como concepto nuevo que redefine el significado de lo masculino y lo femenino: género es la serie de características y conductas que la sociedad asigna como «apropiados» para cada sexo. El género es una construcción social originada en el hecho biológico de nacer con órganos sexuales femeninos o masculinos. (3)

La identidad de género representa la autoconciencia y el sentimiento de la propia individualidad como hombre, mujer o ambivalente, o sea la convicción de la pertenencia a un determinado género. (4)

Por medio de la interacción que se establece entre las personas, es posible transformar las relaciones de género, por ejemplo, lo que se esperaba de una persona hace veinte años no es lo mismo que lo que se espera hoy, de igual forma lo permitido para ambos sexos, no será igual dentro de algunas décadas.

Lo que un grupo social permite, promueve y espera de las mujeres siempre está relacionado con lo que permite promueve y espera de los hombres. La categoría género aborda esta dinámica de interdependencia y permite comprender si en un grupo social determinado estas relaciones son de complementariedad, subordinación o equidad. (5)

«El género se refiere al carácter cualitativo e interdependiente de la posición de mujeres y hombres en la sociedad. Las relaciones entre ambos géneros están constituidas en términos de las relaciones de poder y dominación que estructuran las oportunidades que ofrece la vida a hombres y mujeres... El concepto de género hace posible distinguir las diferencias sexuales, fundadas biológicamente entre mujeres y hombres de las diferencias determinadas culturalmente entre las funciones recibidas o adoptadas por mujeres y hombres respectivamente en una sociedad determinada. Las primeras son invariables, tienen carácter de destino. Las últimas se pueden transformar y pueden variar en función de influencias políticas y de la evolución de la opinión. (Ostergaard, L. 1991).» (6)

En los diferentes grupos sociales y a través del tiempo las relaciones entre el hombre y la mujer han variado. También han variado las formas en que cada persona asume su identidad como hombre o como mujer. En las culturas patriarcales, la mujer fue considerada a partir de características exclusivamente femeninas: sumisa, dependiente, débil, incapaz, insegura, entre otras. Sin embargo, el hombre se designaba por su coraje, por su decisión, por su fortaleza y por su inteligencia.

Todo esto tuvo en su época una justipreciación biológica que hizo que muchas mujeres aceptaran con conformidad su situación de inferioridad. Según Humberto Maturana (1994) «no podemos hablar de determinismo biológico porque somos seres biológicos que existimos en un espacio cultural, una vez que las diferencias sexuales de hombres y mujeres son biológicas, pero como la vivimos es un fenómeno cultural» (7)

Es por eso que en cada sociedad, e incluso en cada época se esquematice y se vivencie lo tradicionalmente aceptado como masculino o femenino como algo «normal» como si fuera natural.

En la dinámica de las relaciones entre el hombre y la mujer influyen diversidad de factores. Ejemplo de ellos son: los demográficos y los educativos, entre otros (8). No obstante la construcción de la dinámica de las relaciones entre los géneros es un proceso que sin darse cuenta transcurre cotidianamente, por lo que las influencias recibidas, fundamentalmente en la educación deben ir dirigidas al logro de la equidad entre mujeres y hombres, ya que las diferencias que históricamente se han establecido impiden que las mujeres puedan llegar en muchos casos a desarrollar todas sus potencialidades intelectuales, afectivas y volitivas, limitando su desarrollo en la sociedad donde viven.

El género ante todo es humano y en consecuencia nos debemos convocar ■

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- 1- *Diccionario ilustrado Latino-español.* Español-latino. Bibliograf. Barcelona. 1964. p. 119.
- 2- GUADARRAMA, P. Y PERELIGUIN, N. *Lo universal y lo específico en la cultura* Editorial Ciencias Sociales. 1990. p. 180.
- 3- PICK, SUSAN Y OTROS. *Planeando tu vida.* Mexfam. México. 1995. p. 66.
- 4- MONEY, JOHN *Sexualidad y género.* Citado por Alicia González y Beatriz Castellanos en *Sexualidad y género.* Editorial Magisterio. Bogotá. 1996. p. 32-33.
- 5- Véase: COLECTIVO DE AUTORES. *Herramientas para construir equidad entre mujeres y hombres. Manual de capacitación. Proyecto proequidad.* República de Colombia y República Federal Alemana. 1995.
- 6- Idem. P. 24
- 7- MATURANA, HUMBERTO R, VERDEN-ZOLLER, GUERDA. *Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano.* Santiago: Editorial Instituto de Terapia Cognitiva, enero/1994, 2da. edición, p. 13.
- 8- Idem. *Herramientas para construir equidad entre mujeres y hombres.* Obra citada. p. 25-27.

* Universidad Pedagógica «Félix Varela», Santa Clara, Villa Clara.